

EL MUNDO

Martes, 12 de abril de 2005. Año XVII. Número: 5.600.

OPINION

TRIBUNA LIBRE

El libro del hombre

ZOE VALDES

Hace más de 20 años conocí a un gran escritor, Bruno Durocher. Era un hombre muy mayor, o así me lo pareció, pues aunque peinaba una blanca y desordenada cabellera su rostro era liso y nacarado; siempre lo hallé encorvado encima de un tablero de ajedrez, en el saloncito de entrada de la pequeña librería que era al mismo tiempo la casa editora de las ediciones Caracteres, en el número 7 de la calle de la Arbalète, en el barrio cinco, a unos pasos de la célebre calle Moufflard. Detrás del mostrador trajinaba una joven asiática con un montón de libros viejos.

Fue el traductor Claude Couffon quien me lo presentó y le entregó mis poemas. El señor Durocher había publicado originales de Jean Cocteau, Raymond Queneau, Tristán Tzara, Federico García Lorca, Fernando Pessoa, Rainer María Rilke, Stellos Castanos de Médicis, Nikiforos Vretakkos, Sonia Delaunay, Fernand Léger, Francis Picabia y Pablo Picasso, entre otros. En el número 36-37 de Caracteres publicó mis poemas, lo que constituyó mi primera traducción al francés. Dos grandes señores me publicaron en la misma época -José Batlló y Bruno Durocher- y ambos me dieron suerte en mi vida de escritora. Los recuerdo con mucho cariño.

En varias ocasiones visité a Bruno Durocher en su despacho, que no era otro que el saloncito recibidor donde se hallaba desplegado invariablemente el tablero de ajedrez, y donde él ensimismado prolongaba cualquier jugada por simple que fuera. Yo saludaba en un murmullo y me sentaba frente a él. Al rato, Durocher rompía el silencio para preguntarme en qué estado se encontraba mi poesía y si ya había decidido convertirme en novelista. Fue él la segunda persona que me aconsejó que yo debía dedicarme además a la prosa. El primero fue el poeta y novelista Luis Rogelio Noguerras, Wichy el Rojo, al que llamaban así por ser pelirrojo. Por aquella época yo empezaba tibiamente mi primera novela Sangre Azul, la que consideraba prosa poética o novela lírica. Bruno Durocher interrumpió: «Récit». Así se denomina en francés a la novela lírica.

Entonces se irguió, empujó la mesa hacia mí, fue a buscar algo, me pidió que esperara, musitó que volvería enseguida. Se demoró, y no pude evitar tocar las

fichas, mover un alfil, la pieza de la inteligencia. Regresó con un libro en la mano, publicado en la misma colección en la que editaba la revista, idéntico formato, y papel caro con letras en relieve. Garabateó una dedicatoria y me extendió el libro, El libro del hombre, ése es su título. Mientras yo leía la dedicatoria y el título, él reparó en mi jugada. «No es mal movimiento, pero bien hubiera podido hacer esto». Entonces destrabó el tablero con una danza magistral de las fichas. Callé avergonzada. Era una época en que jugar al ajedrez todavía se consideraba más excitante que manipular una playstation. De hecho no existía la playstation.

El libro del hombre es una novela fabulosa. Bruno Durocher cuenta la juventud de alguien que puede haber sido él, que sin duda lo fue, pero no sólo de él. Alguien más aparece vibrante en esa novela, aseguró: «el actual Papa». Sí, Karol Wojtyla y Bruno Durocher se habían conocido de niños, luego habían sido amigos de adolescentes y de jóvenes. Sus ojos se entrecerraron traviosos, risueños. Añadió que hubiera podido seguir siendo su mejor amigo, pero que después habían tomado caminos diferentes. Ya lo creo.

Cito: «Otro niño de su edad, de rosadas mejillas, jugaba con sus camaradas encima de una pila de arena. Vivía en un pobre cuarto de alquiler. Su padre había muerto, su madre era lavandera.

»Hay millones de niños, cada uno de ellos tiene su propia vida y su propia ruta a seguir.

»Las rutas se cruzan».

La traducción del francés es mía. Así presenta en la segunda página al personaje, que sería una mezcla de sí mismo y de Karol Wojtyla. De este modo me enteré de que el Papa había sido actor de teatro, que le apasionaba la actuación y que Durocher lo consideraba realmente espectacular como actor. También supe que tenía mucho éxito entre las chicas debido a su belleza. «De joven era muy apuesto», aseguró Durocher, «y aún lo es», subrayó. Y las muchachas revoloteaban a su alrededor, atraídas por la dulzura de su sonrisa. «Era muy deportivo y juguetón, pero también muy tierno; su poesía es magnífica», recalcó.

Cito de nuevo una página de El libro del hombre traducida por mí: «La vida del niño se transforma, un nuevo decorado se levanta detrás de la cortina. Lo arrancaron de su monótona existencia, de la sombra del salón y de la casa, para transportarlo a una vasta zaula de escuela desbordante de sol y de risas.

»El padre Arcadius, en sotana negra, una sonrisa serena en los labios, penetra en el recinto. Los niños se levantan para saludarlo. Recitan juntos el padrenuestro, después empiezan las clases.

»Tartamudeando, parándose, el niño deletrea las palabras. Los primeros signos trazados por su torpe mano saltan en todas las direcciones.

»Mientras sus compañeros juegan, él se dirige en secreto a la capilla donde su tristeza encuentra refugio. Entra en la penumbra y en el perfume de incienso como si entrara en una caricia. Su angustia infantil encuentra apaciguamiento en la oración. Le gusta escuchar el silencio y contemplar las ramas verdes de cada lado del altar. San Sebastián agoniza en el vitral, las lágrimas que corren por las mejillas del niño se mezclan con la sangre y con el sufrimiento del santo.

»La voz del niño era melodiosa. Él se embriagaba con el fervor de los rezos y caía en éxtasis. Amaba profundamente la capilla, el órgano y sus cantos.

»La capilla comienza poco a poco a llenar su vida y sus pensamientos ».

En estos días he recordado mucho a Bruno Durocher, fallecido hará ahora unos cuantos años; me pregunto si habrá podido retomar su relación con el Papa, aunque jamás me dijo que lo ansiara. También he reflexionado sobre la visita de Juan Pablo II a Cuba. En aquel momento escribí un artículo jocoso, verdadero; o sea, escribí lo que pensaba y sigo pensando: aquella visita cambiaría la perspectiva pero no la expectativa; o, lo que es lo mismo, afrontaría el ángulo, lo que es un concepto matemático, y no la esperanza, que es un concepto poético. El artículo, según me contaron los exiliados cubanos que pudieron visitar La Habana sólo para estar junto al Papa, era repartido a los visitantes en la entrada del aeropuerto por los agentes de la Seguridad del Estado. Uno de ellos, Erik Valdés, que por fortuna no es familiar mío pero a quien conocí muy bien cuando era agente en París, trataba de ponerme a malas con el exilio cubano de Miami interpretando mi artículo con la visión católica de la dictadura. Como sabemos, algunos exiliados cubanos, más papistas que el Papa, repudiaron ese artículo y no niego que el agente haya logrado su objetivo en algunos sectores.

En cuanto a la visita del Papa a La Habana, fue tan impactante como momentáneo fue su impacto. El show se lo robó como siempre Fidel Castro, no olvidemos que en su discurso de bienvenida destacó que el primer campo de concentración que haya conocido la Humanidad lo llevó a cabo el general de la Restauración Valeriano Weyler, lo que es una verdad como un templo, para desdicha de la Historia común de Cuba y España.

En estos días, Castro ha regresado a la iglesia, a la misa por la muerte de Karol Wojtyła, y por supuesto escogió de entre los muchos mensajes que dejó el Santo Padre el que más le convino: la condena al bloqueo americano que no es bloqueo, es embargo. Olvídense de aquello de «que Cuba se abra al mundo». Esa histórica frase del Papa ha sido cancelada de la historia oficial castrista. Yo observaba al dictador en la pequeña pantalla de televisión y recordaba cómo los rabiosos castristas nos apedreaban a mi primo y a mí cada vez que

entrábamos en la iglesia de la Merced o en la del Espíritu Santo; no sólo a nosotros, a todo aquél que cruzara el portón de una iglesia, fuera católico o no. Y créanme que este ejercicio de memoria me hizo bien, me reconfortó de una tristeza muy honda que durante años llevo dentro. No es nostalgia: es una tristeza que me pone rígida y extenuada. Porque si he citado esta novela -El libro del hombre de Bruno Durocher, judío- es precisamente porque su tema esencial es la memoria. La memoria como identidad. No deberíamos nunca olvidar el horror, ningún tipo de horror, y la valentía del poeta es llamar a las cosas por su nombre.

Bruno Durocher escribió varios libros de poemas; en todos ellos hace hincapié, con una metáfora aquí, otra allá, en que una vez que empiezas a repetir como un papagayo lo que los dictadores y los políticos quieren que repitas ahí mismo has dejado de ser poeta. O nunca lo has sido.

Yo repelo a la Iglesia por su incapacidad de reconocer el deseo carnal entre cualquiera de los sexos, por su intransigencia en relación con la mujer. Es cierto, como me aclaró un lector, que algo se ha hecho, no mucho, pero lo que sí es cierto es que en el Cónclave no habrá mujeres. Yo rechacé y sigo rechazando la demanda del Papa a los africanos, invadidos por la enfermedad del sida, de que se abstuvieran sexualmente, como si esa prohibición parara la enfermedad, ni siquiera resulta una eficaz medida preventiva. Cosa curiosa, la Iglesia, en su figura principal, se negó a reconocer a los padres de la santería cubana, religión yoruba de raíces africanas, en su visita. Sin embargo, no dudó en entrar en una mezquita musulmana.

Me repelen todavía muchas cosas del catolicismo. Pero no se puede negar que la figura de Karol Wojtyla, al menos ésa que me contó personalmente y que cuenta en su novela Bruno Durocher, a la larga resultó seductora, no por emancipadora, sí por embriagadora. En estos días he vuelto a disfrutar la reprimenda al comandante nicaragüense Ernesto Cardenal porque, eso sí, Karol Wojtyla dijo unas cuantas verdades. En sus palabras en la plaza de la Revolución fue la única vez que, a través de la pequeña pantalla, vi a unos cubanos enarbolar, en una concentración castrista, carteles en contra de la dictadura. Uno de ellos, me dicen, era el médico negro Oscar Elías Biscet junto a su esposa. Oscar Elías Biscet aún se encuentra en la cárcel. Recemos por él con un fragmento de El Libro del hombre: «Los usurpadores han cegado las pupilas del hombre, arrancaron de sus orejas la capacidad de oír. Ellos dicen: esperanza, justicia, futuro. Los estandartes enarbolados por los soldados escandalizan al viento. El hombre mira a través de la ventana y llora y ni siquiera siente placer al contemplar la calle llena de flores, ni al imaginar el cohete que aterriza en otro planeta.

»Los usurpadores desproveen la vida de su sentido, han borrado el infinito de la nostalgia humana, el nombre de Dios y su misterio, también han borrado la palabra felicidad y la palabra amor».

Zoé Valdés es escritora cubana en el exilio.

© Mundinteractivos, S.A.